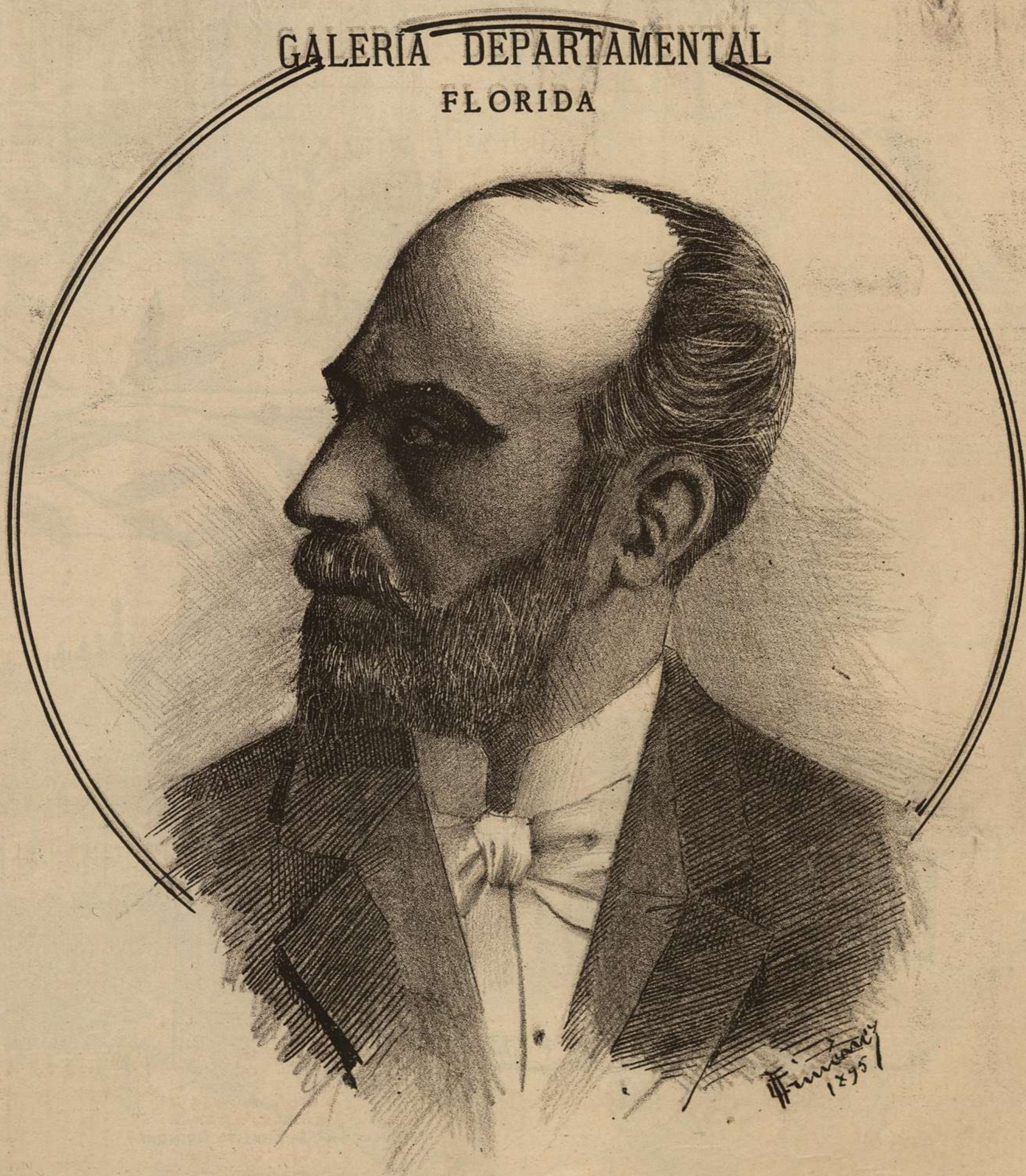


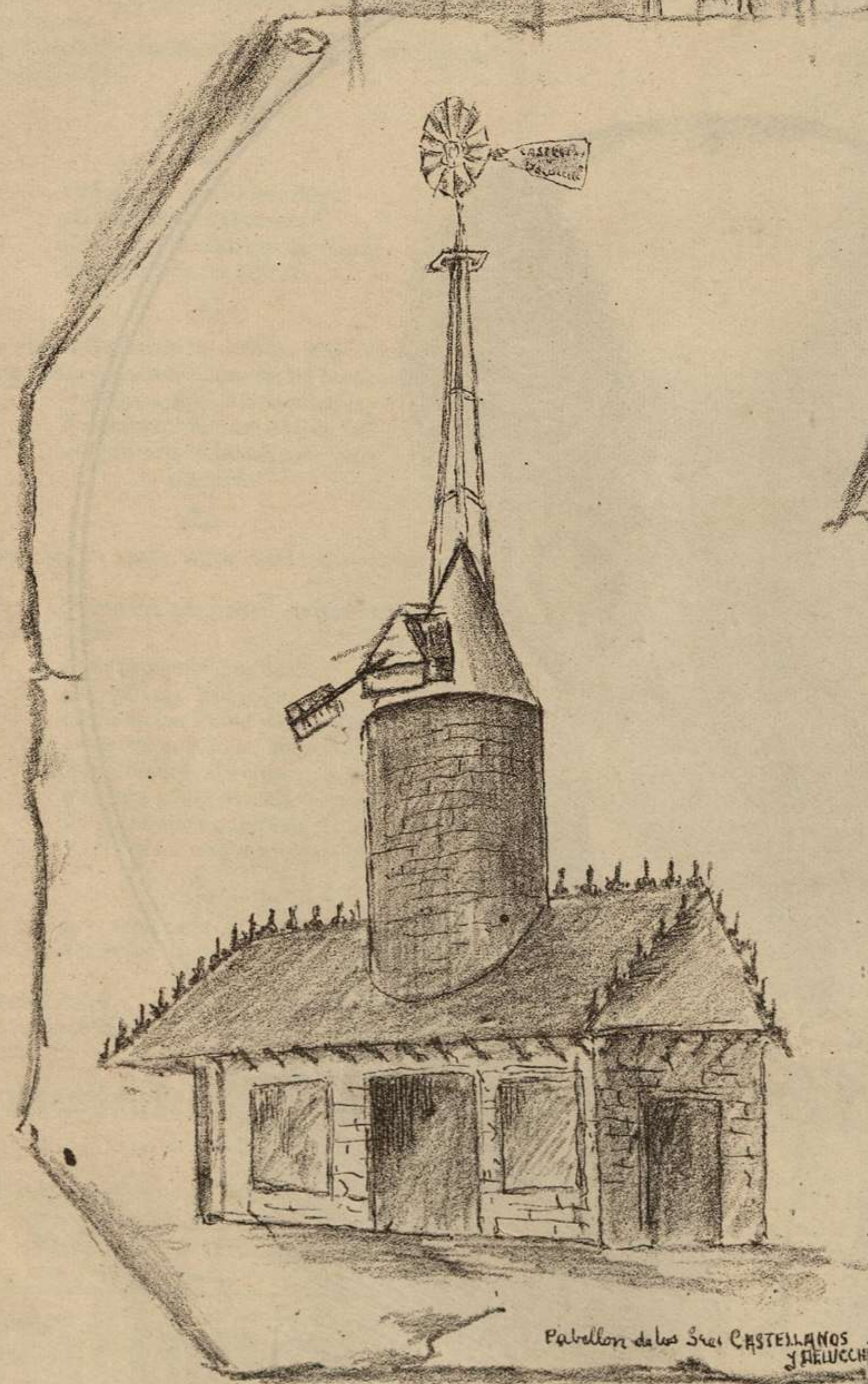
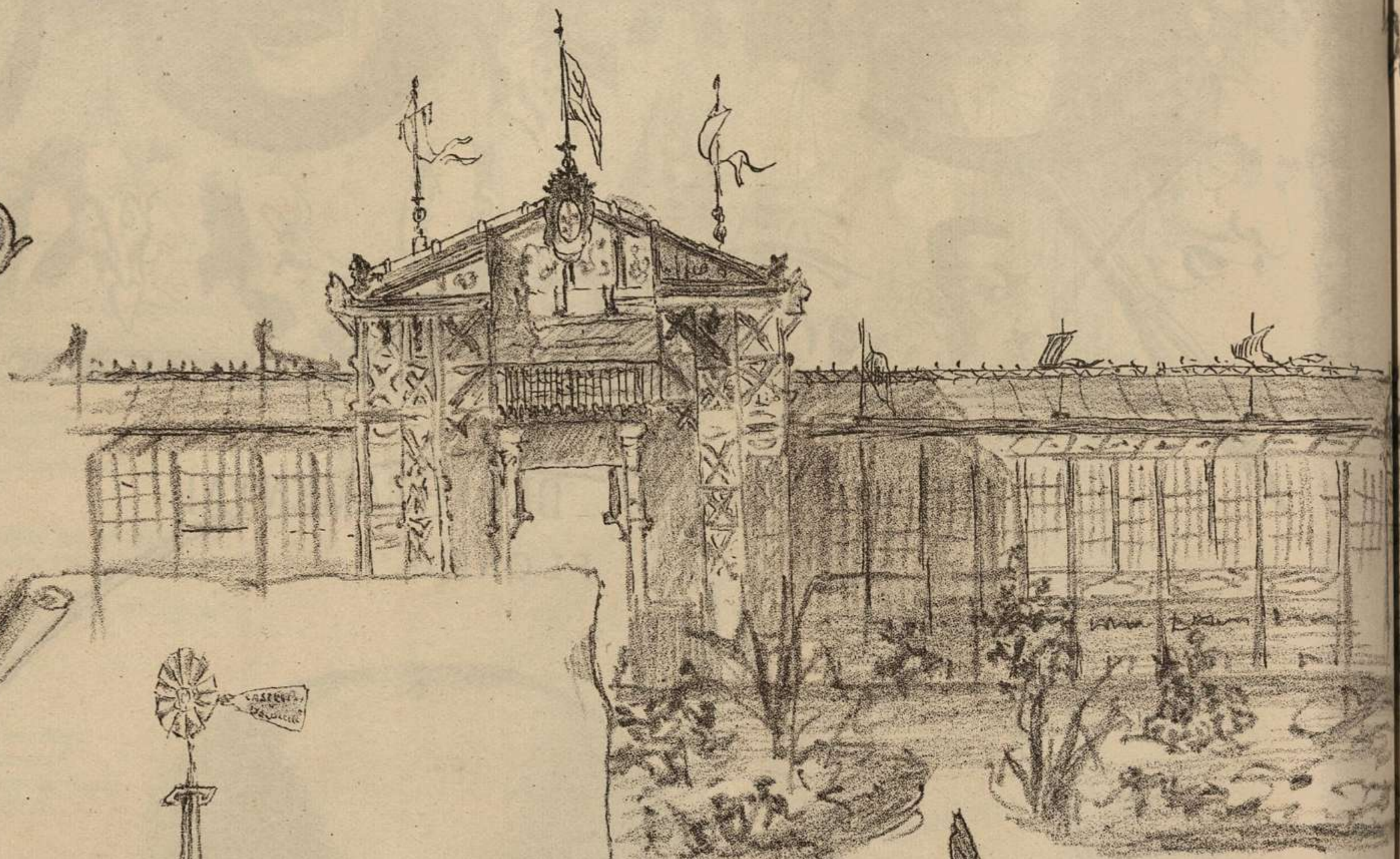


GALERÍA DEPARTAMENTAL  
FLORIDA

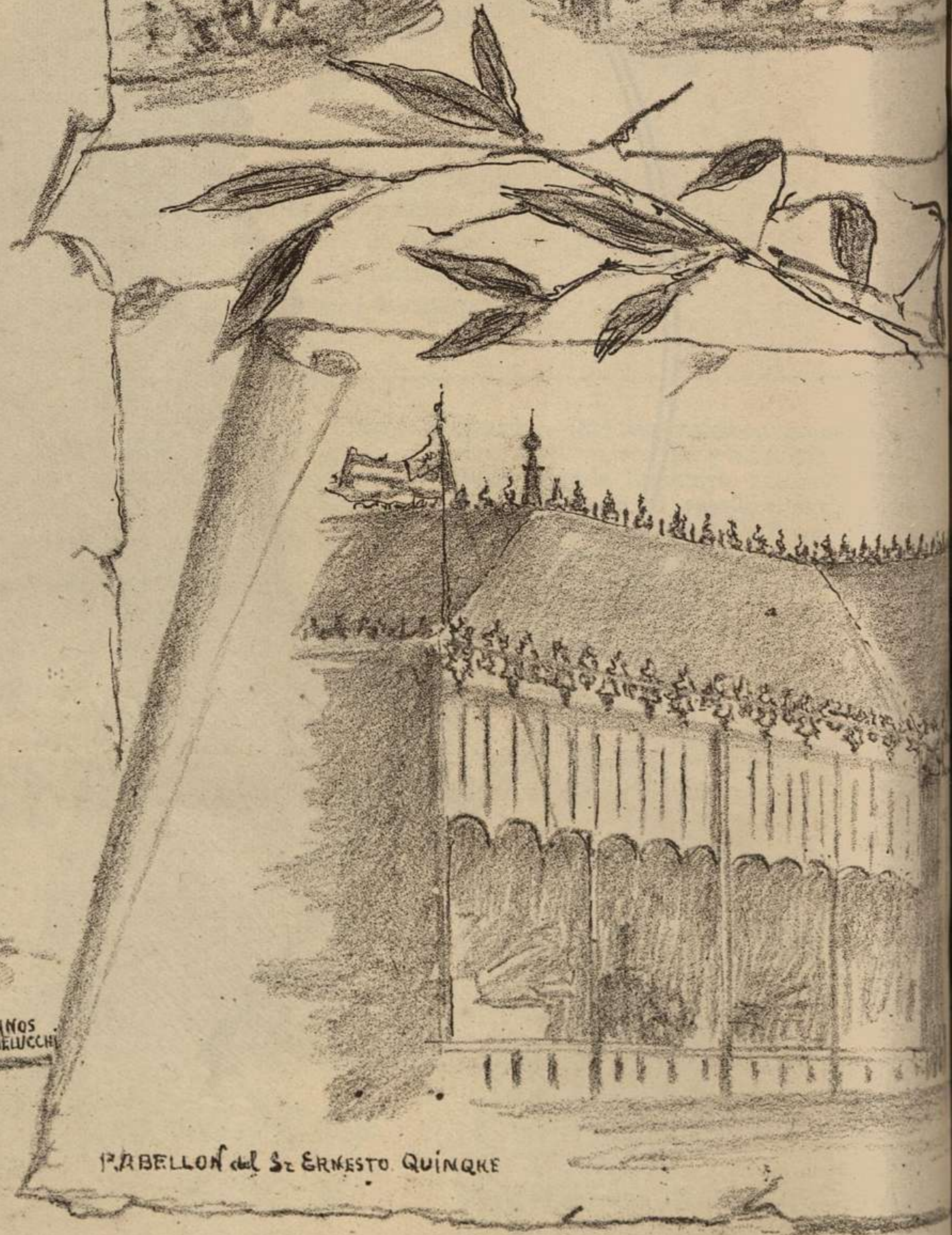


DON DANIEL MUÑOZ

# EXPOSICION NACIONAL



PABELLON de los Sres CASTELLANOS  
J. FALUCCO

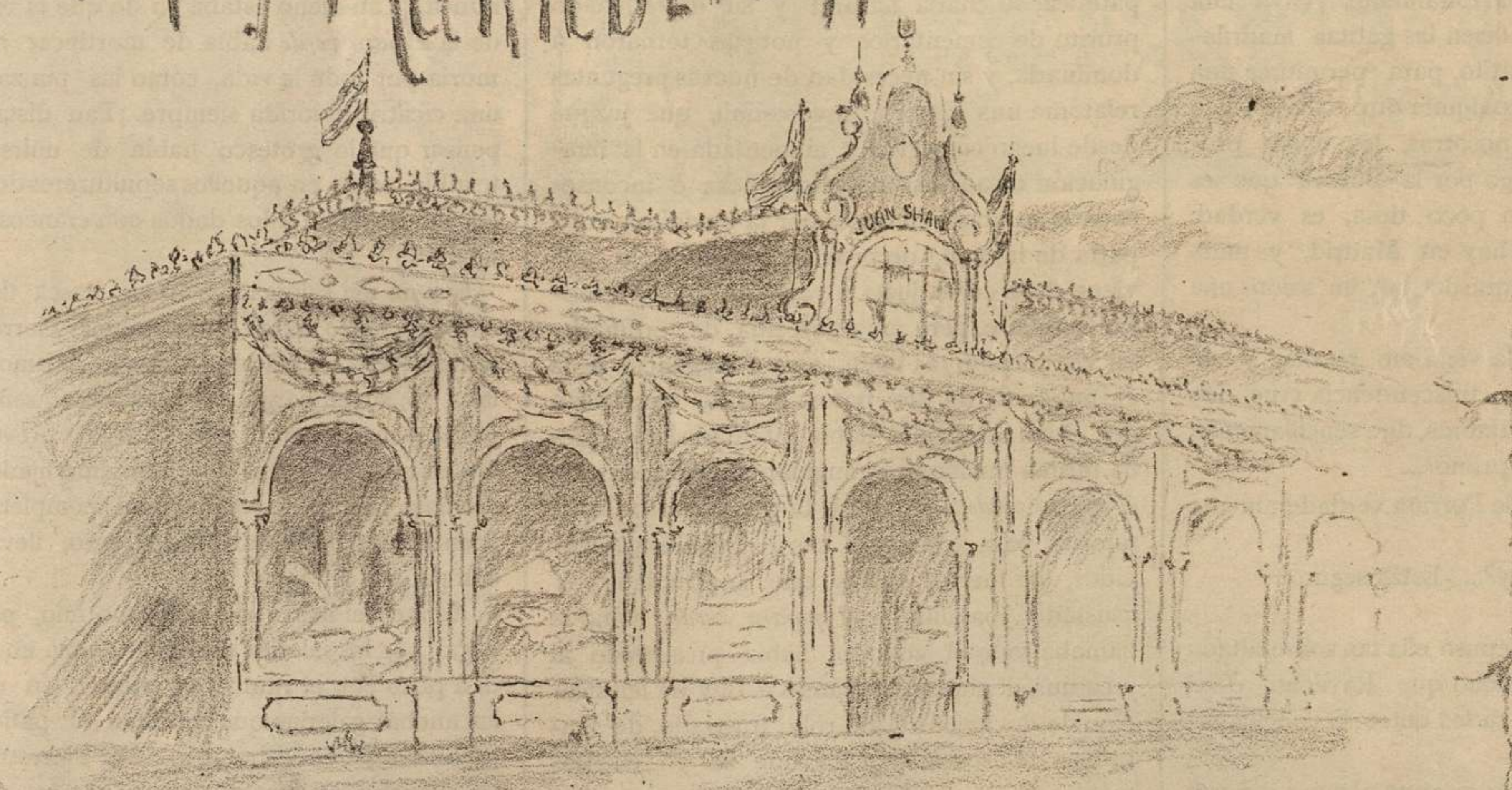


PABELLON del Sr ERNESTO QUINQUE

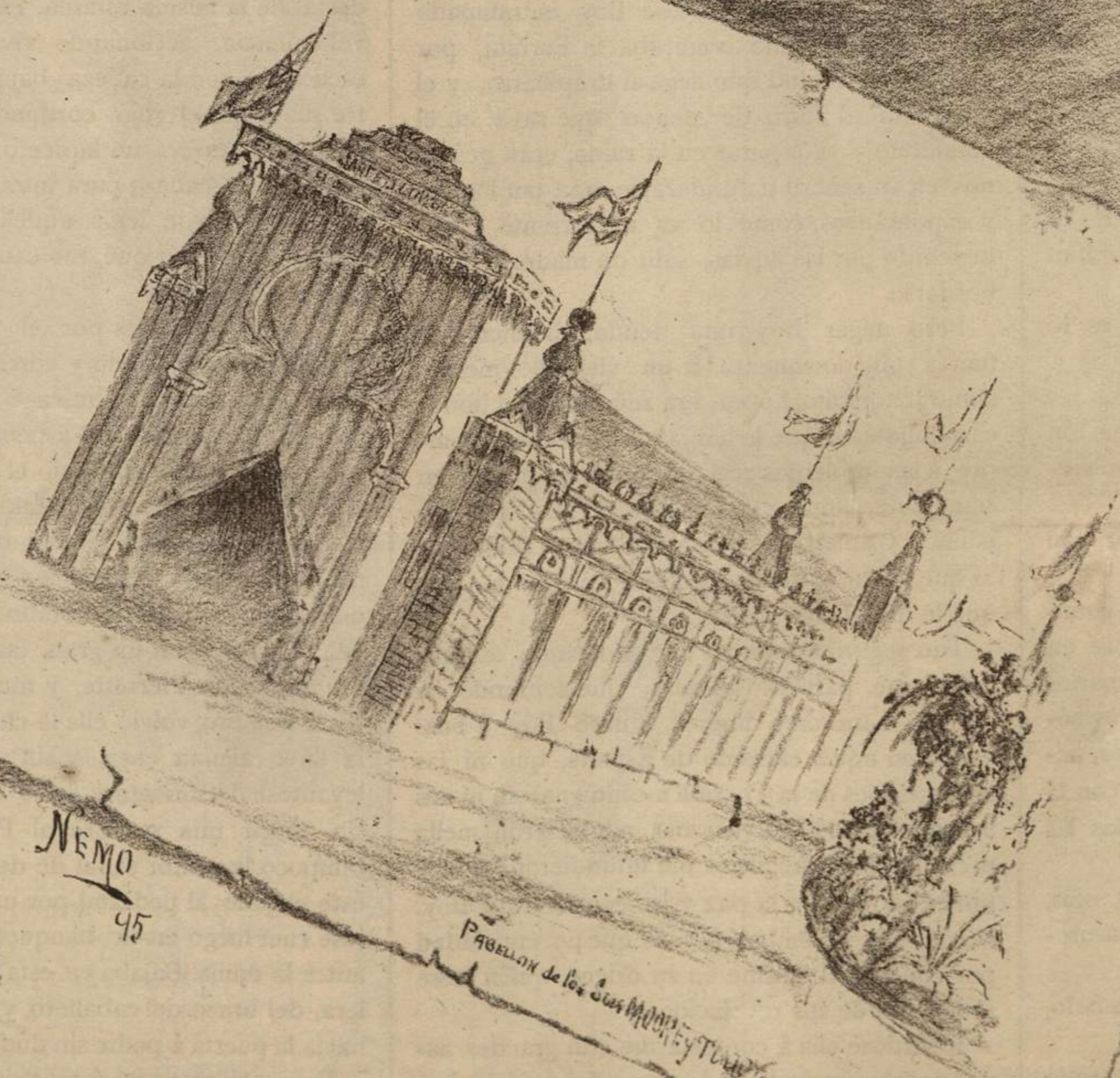
CARTAS y CUNETAS  
SUPLEMENTO

AL N° 55

# GANADERIA Y AGRICULTURA



PABELLON del Sr JUAN SHAW



NEMO  
45

PABELLON de los Sres MARIANO y TOMAS

## BOY

ULTIMA NOVELA

DEL P. LUIS COLOMA

(Continuación)

—¿La Bureva?—dije yo cándidamente. ¡Imposible!... Si su marido salía hoy para París, con una comisión del Comité Alfonsino...

—¿Si te habrás caído de un nido, Paquito!—replicó la Porrata socarronamente. ¡Vaya una razón! Como si necesitasen las gatitas madrileñas tener al lado su gatito, para permitirse una vueltecilla de vals, ó cualquier otro exceso. Eso se queda bueno para nosotras, las cursis provincianas... Y no lo digo por la Bureva que es muy buena mujer: un poco tiesa, es verdad; pero de lo mejor que hay en Madrid, y nada tiene de particular que dé por un salón una vuelta con su primo.

Cai en el lazo que la vieja me tendía, y sin sospechar siquiera la trascendencia cruel que habían de tener mis palabras, dije sencillamente:

—¿Pero Boy es su primo?...

Entonces exclamó la Porrata verdaderamente estupefacta:

—¿Pero era ese Boy?... ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Jesús, María!—repuso ella tan sobresaltada como si la hubieran dicho que Ravachol ó el diablo andaban disfrazados entre la concurrencia.

Levantóse vivamente porque algunas señoras de su tertulia habíanse sentado á su lado, y tomando mi brazo, llevóme fuera del salón, diciendo muy azorada:

—Mira, vámonos; aquí no se puede hablar, y es preciso que sepas... ¿Sabes lo que le pasa á Boy?... Está perdido, perdido sin remedio. Si le ve la Guardia Civil le echa mano...

—¿Pero qué está usted diciendo, condesa?—exclamé yo entre sorprendido é indignado.

—Lo que oyes, Paco, lo que oyes; lo sé de buena tinta. Tiene pena de presidio, y si no la han presentado ya, mañana mismo presentan la denuncia.

—¿Pero por qué?... ¿por qué?... ¿Qué es lo que ha hecho?...

—Por falsificador, por ladrón, por estafa...

—¡Mentira!—grité yo con tanta indignación y tan poco recato, que algunas personas volvieron la cabeza.

—¡Ojala lo fuera!—repuso la Porrata con gran vehemencia.

Y apretándome fuertemente el brazo como para recordarme donde estábamos, entróse en un saloncito azul, que en los días ordinarios servía de sala de lectura á los aristocráticos socios de aquel círculo. Y allí á solas, de pié, accionando mucho con el abanico, me dijo con la viveza, vida y expresión que daba á todas las cosas:

—Está perdido, entrampado hasta los ojos, atado de pies y manos en poder de los usureros.

—Lo cual no es ser estafador, sino estafado; ni ser ladrón, sino robado.

—Es verdad, es verdad... Pero tampoco robó ni estafó mi pobre hijo Pepe, y los malditos usureros me dejaron á mí sin un real por libramiento de sus garras, y le mataron á él de rabia y de vergüenza allá en Filipinas. ¡Hijo de mi alma!

Brotó entonces entre la frivolidad de aquella mujer mundana, el dolor de madre, amargo y desolado, como brotaria fresca y abundante la sangre de una herida vendada con ligeras gasas. Repugnóme su enternecimiento, lejos de compadecerlo, por parecerme extemporáneo aquel dolor vestido de baile, aquel recuerdo de un hijo muerto, evocado por su madre al compás de un rigodon y entre el bullicio de un baile, á que solo la traía un afán de divertirse, harto intempestivo á los cincuenta y ocho años. No duró mucho, sin embargo, aquella digresión patética; su charla natural y su desordenado prurito de comentarios y noticias tornaron á dominarla, y sin necesidad de nuevas preguntas relatóme una historia inverosímil, que juzgué desde luego corregida y aumentada en la imaginación de aquella mujer chismosa é inconsecuente, excitada entonces por la envidiosa antipatía de la dama de provincia á todo lo que viene de la corte, justa á veces en lo que á moral se refiere, pero muy parecida de ordinario, en lo tocante á buen tono y elegancia, á la chismografía de los patos cuando murmuran del cisne. Según ella, había intentado Boy aquella misma mañana extrangular al peluquero de *el pájaro verde*, Joaquinito López, famoso prestamista, para arrancarle ciertos pagarés ya vendidos, de fuertes sumas que le adeudaba. Y asustado Joaquinito, *el pájaro verde*, como le llamaba todo el mundo, había presentado al juez una denuncia, acusando á Boy de falsificación de documentos, de robo frustrado, de tentativas de asesinatos y de qué sé yo cuántas más cosas, con el fin de poner su persona y su dinero al abrigo de los desafueros del aristócrata.

Parecióme todo aquello tan grotesco y tan absurdo, que lo negué en redondo. Posible era y aún probable que estuviese Boy entrampado hasta los ojos, como aseguraba la Porrata, por que la generosidad que llega al despilfarro, y el desprecio al libro de cuentas que raya en el abandono y va á parar en la ruina, eran genuinos en su señorial naturaleza; le eran tan lógicos y espontáneos, como lo es al torrente harto henchido por las lluvias, salir de madre y desbordarse.

Pero negar Boy una deuda, arrancar por fuerza un documento á un viejecillo inerte como Joaquinito López, era refractario al honor casi quijotesco que le había yo conocido siempre; á las insolentes reclamaciones de un truhan semejante, hubiera contestado el Boy que yo conocía y amaba, haciéndole pagar el doble de lo que debía, y mandando luego á sus lacayos que le dieran una paliza.

Tan seguro estaba yo de todo esto, y tan absurdo me pareció además, que sobrando en Madrid usureros y dinero, viniese Boy á buscarlos en aquel extremo de España, que ni las afirmaciones de la Porrata me indignaron, ni sus intencionadas observaciones me hicieron mella ni sus funestos augurios me infundieron el menor recelo contra la paz y la seguridad de Boy. Preguntéla, sin embargo, más que por curiosidad por conocer el chisme en su origen, quién fuese el oráculo de sus revelaciones.

Resistióse ella á contestarme con grandes aspavientos, ponderando lo grave del caso, la importancia del secreto, la obligación de su conciencia, y de pronto, cuando ya nada le preguntaba, vino á confesarme que su oráculo no era el de Delfos, ni su pitonisa la de Endor: era

sencillamente su peinadora, la menor de las tres *Pájaras verdes*, hijas de Joaquinito López; Leonard femenino, tan hábil en urdir enredos, como en levantar elevados promotorios de teñidos y postizos, semejantes al que disimulaba en la cabeza de la Porrata los descarados estragos del tiempo.

Acabóme de convencer el nombre de la sibilla, de que era todo aquello uno de esos burdos chismes que suelen en las casas grandes pasar de las antecámaras á los salones, y reíme de ello por última vez, para no volver á recordarlo nunca. ¡Tan ajeno estaba yo de que el recuerdo de la *Pájara verde* había de mortificar mi memoria por toda la vida, como las punzadas de una cicatriz dolorida siempre. ¡Tan distante de pensar que lo grotesco había de unirse á lo terrible, como en aquellos sepultureros de Hamlet, que jugaban á los dados con cráneos humanos!

Salíme del saloncillo azul en busca de Boy, empresa hartó difícil entre tantas Pierrettes y tantos Pierrots, vestidos todos lo mismo. Contaba yo, sin embargo, con una contraseña, que podía ponerme en la pista: en los breves instantes que hablé con Boy habíame fijado en un precioso ramito de *muguet*, que completamente prendido en el hombro izquierdo, llevaba su compañera.

Asíme del brazo de un primo mio, para no vagar por los salones solo como alma en pena, y dí á poco con el ramito de *muguet*, en una de las anchas galerías que miraban al patio, mas no estaba ya en el hombro de la Pierrette, sino en el pecho del Pierrot, sujeto en los enormes botones de su ropon, acuartelados de rojo y blanco. Hallábase ella sentada en una banquetilla, de espaldas á la estatua de un intercolumnio: estaba él de pie, delante, apoyado en el pedestal de la misma estatua. Pierrot hablaba con vehemencia, accionando vivamente: Pierrette escuchaba con la cabeza baja, retorciendo entre sus dedos el rojo cordoncito de seda que unía á su *carnet* un lapicero finísimo; á veces, levantaba la cabeza para mirar á Pierrot, y veía yo relucir desde lejos aquellos ojazos negros, que sin saber por qué, me causaban cierta sensación de espanto.

Apareció entonces por el intercolumnio un caballero muy atildado y correcto mirando para todas partes, como si buscase algo; era hombre de cuarenta años, de aspecto grave, un poco calvo; traía una banda bajo el frac, una rica placa en el pecho, y sobre el faldón derecho, como atrevido alarde de fidelidad al trono derrumbado, que le captó desde luego mis simpatías, la dorada llave de gentil-hombre de la Reina Isabel II, sujeta con un gran lazo rojo. Acercóse por detrás á la Pierrette, y tocóla familiarmente en el hombro; volvió ella la cabeza, dijola el de la llave alguna cosa, y sin replicar la dama, levantóse dócilmente y fué con él del brazo sin dirigir una palabra al Pierrot, ni hacerle tampoco la menor señal de despedida. Quedóse éste pegado al pedestal por un momento y dejóse caer luego en la banquetilla que ocupaba antes la dama. Bajaba ya esta la suntuosa escalera, del brazo del caballero, y un lacayo corría hacia la puerta á pedir sin duda el coche.

Pregunté entonces á mi primo si conocía al señor de la llave.

—Es Bureva,—me dijo.

—¿Bureva?... ¿El conde de Bureva?...

(Continuará.)